

REVISTA
REVISTA ILUSTRADA DE ARTES Y LETRAS X

Premiada con Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Milán de 1906
DIRECTOR — CLEMENTE PALMA

AÑO III

Lima, á 6 de julio de 1907

NUM. 46



Estatua de Garibaldi en Buenos Aires

MONNA VANNA 42295

Al Dr. Alejandro O. Deustua, mi maestro de Estética



EL teatro moderno es ante todo, elemento de lucha y de acción, cátedra de enseñanza, campo abierto á las discusiones de todas las ideas y al debate de todos los principios. El análisis psicológico, la crítica social, los grandes problemas actuales inspiran el teatro de hoy. Capus, Donay, Hervieu, Balaillet, son más que artistas, pensadores que desde el escenario exponen sus doctrinas y predicán sus teorías.

En medio de esta dirección dramática, la obra de Mauricio Macterlinck desorienta y asombra. Por ella no desfilan tipos de patología social, ni en ella se plantean tesis doctrinarias. No agitan á sus personajes los desequilibrios de la mente y las tiranías de la carne. Es un teatro intelectual y contemplativo. Teatro de silencio y de misterio que tiene serenidades de mármol helénico y magestuosas elevaciones metafísicas.

Los dramas de Maeterlinck no despiertan los vibrantes entusiasmos del aplauso; pero abren las fuentes inagotables de la meditación y del ensueño. Las emociones que encarna en sus obras no se desarrollan por completo en la escena, sino que perduran en nuestras almas y despiertan en ellas dormidos mundos de idealidad, visiones silenciosas. No es el eco de un sentimiento resonante que se prolonga en nuestros espíritus como la vibración de una campana en una bóveda sonora. Es una rara virtud de adivinación la que nos comunica, virtud prodigiosa que nos confunde con el artista en un mismo sueño y en un mismo pensamiento, que nos hace interpretar las palabras que él no ha pronunciado; virtud reveladora del secreto trágico, del desenlace suspenso.

Para nuestros cerebros latinos amantes de la claridad y de la línea; la imprecisión de contornos y el admirable ilogismo de Mauricio Macterlinck pueden parecerse extraños y desconcertantes. En *«Les aveugles, L'Intruse, Interieur»*, hay una sugestión nebulosa que no á todos es dado sentir. *Monna Vanna* la más admirable de sus obras es también la más definida en sus lineamientos; parece un drama de la antigua Grecia por el que pasa la solemnidad trágica de Esquilo.

Los personajes de *Monna Vanna* viven en un ambiente de superioridad moral. Más que un grupo de hombres, parece un grupo de dioses perseguidos por la crueldad de un destino implacable.

Giovana entregándose al vencedor para salvar á su patria, acallando las protestas de su corazón, sufriendo

los desdenes del esposo adorado y ofreciendo á su pueblo el sacrificio de su amor y de su honra, es más grande que las mujeres legendarias, es más grande que Judith, más grande que Lucrecia.

Prinzivale, el general victorioso, es una alma inmensa es la que la pasión tiene proporciones épicas. Prinzivale ha luchado con la fortuna, ha consagrado una vida de heroismos al recuerdo de su pasión primera; por eso exige al enemigo vencido que le entregue á la mujer que ha sido su culto. Y después, cuando comprende que ella no puede amarlo, que ha entregado á otro hombre su destino, sabe respetarla, sabe resignarse á la crueldad de su suerte, á la esterilidad de su triunfo tardío. No tiene quejas, ni desfallecimientos y su corazón desgraciado se contenta con la dulce respuesta que Giovana dá á esta melancólica pregunta: *«Aurais tu pu m'aimer si mon mauvais destin ne m'eut fait revenir lorsque il etait trop tard.»*

Y Marcos, el anciano, filósofo enamorado de Platón y santificado por el arte simboliza los grandes sentimientos que ennoblecen al hombre, iluminados y transformados á la luz de la sabiduría. Es un hermoso tipo de abstracción y de idealismo, hijo de la verdad moral y del ensueño estético.

Guido, el jefe de la ciudad vencido, es un soldado heroico. Ha sabido dominar á los hombres pero no sabe dominar sus interiores tempestades. Cuando Marcos, su padre, le aconseja salvar á la ciudad y entregar á su esposa, cuando mira que el pueblo lo exige, cuando vé que ella lo acepta y por último cuando la mira partir, la venganza, la indignación y el odio inundan su espíritu abatido por la fatalidad. A pesar de ser humano hay serenidad en su dolor, nobleza en su sufrimiento. No es más bajo que el de los anteriores su contorno. No merece del grupo que le rodea. Todos son igualmente dignos de que un cincel los esculpa en el pórtico de un templo de Athenas, solamente que á Guido sería menester darle el gesto y la actitud de un Laoconte ahogado por las serpientes.

Tal es *Monna Vanna*, el drama admirable. Tal es Mauricio Macterlinck, el artista pensativo, el amante del mutismo, el poeta del silencio.

RAIMUNDO MORALES DE LA TORRE.

Julio—1907.



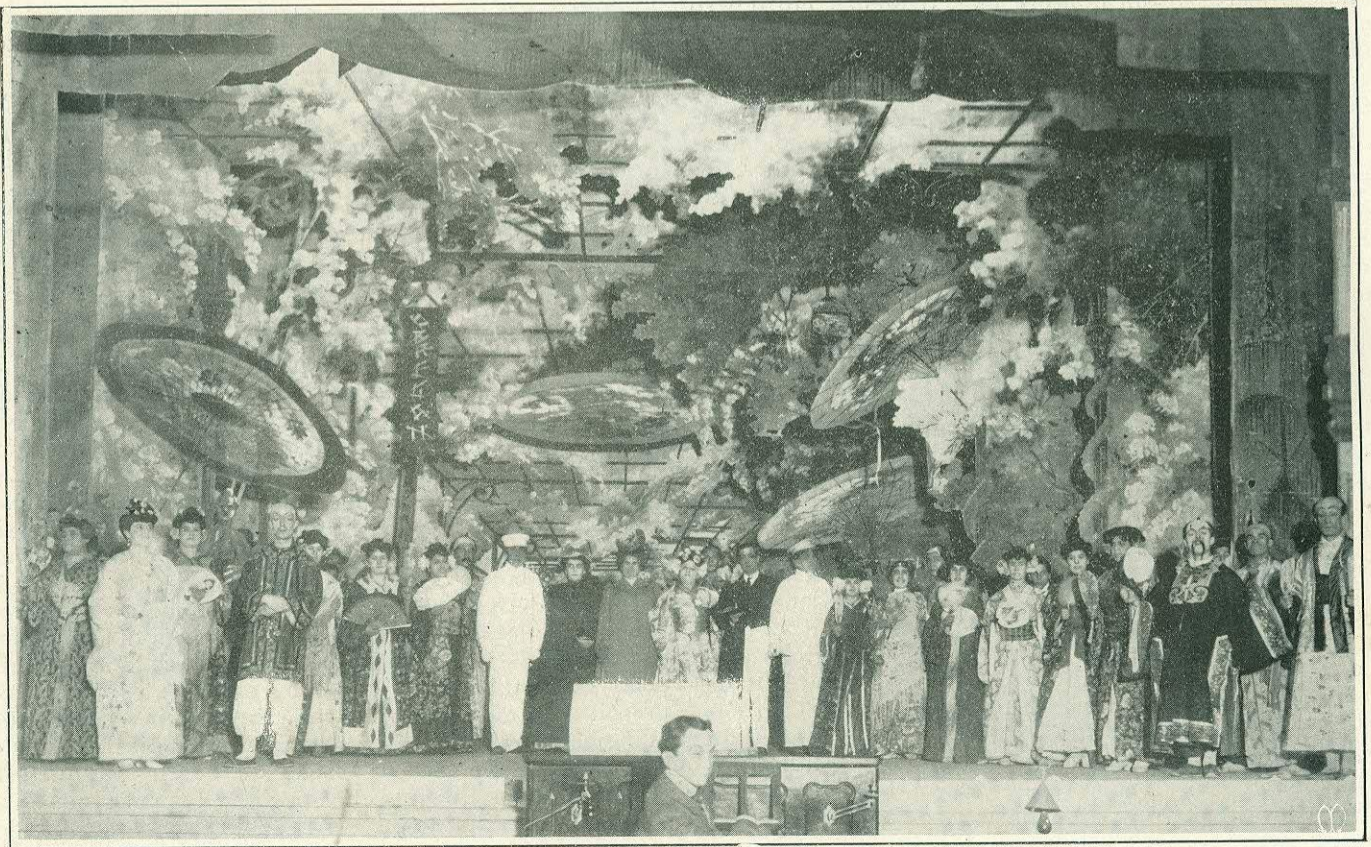
Difícil tarea es la que me he impuesto con esta bendita sección de PRISMA, destinada á exponer opiniones sinceras sobre tópicos literarios y artísticos, con motivo de las publicaciones que llegan á mis manos. Actualmente estoy profundamente entregado á lectura de las novelas de Carlota Braemé y de Carolina Invernizio, y de tal modo me he absorbido en tan hermosas lecturas que sin sentirlo se ha verificado en mí una asombrosa idiotización de espíritu. ¡Qué cosa tan admirable es la psicología de los hombres! ¡Qué gran poder de asimilación y de adaptación hay en todos los espíritus mediocres, en las almas tímidas y en los caracteres débiles! Los genios y los grandes caracteres tienen una poderosa facultad de resistencia al medio; en virtud de su energía interior reaccionan contra las influencias exteriores se imponen al medio, se aíslan y se yerguen rebeldes como cumbres de actividad interior encima de las corrientes que los empujan é intentan envolverlos en la masa compacta de los pensares y sentires vulgares. Carlota Braemé y Carolina Invernizio han transformado mi alma — que tenía la necesidad de creer briosa, viril rebelde— en alma de...costurera. Tengo para mí que la alimentación es la que crea los instintos en los animales. Haced comer yerba mezclada á la carne á un león y poco á poco suprimidle esta, y el fiero animal acabará por ser tan manso como una vaca suiza y rumiará al cabo de algunas generaciones. Igualmente me imagino que pasa con la alimentación intelectual. Hay una lectura propia de horteras, de coneles indefinidos, de porteros y costureras; pues dadle esa lectura á un hombre más ó menos culto pero sin esa potencialidad de reacción que caracteriza á los espíritus superiores y veréis que derrepente nuestro hombre se ha convertido intelectualmente en una costurera con todos sus sentimentalismos cursis, con su afición al chismorreó y su deplorable gusto artístico. Y esto es lo que ha verificado en mí abominable autora de la *Huérfana de la Judería*. Nada se me ocurre para disertar con mis lectores en esta sección; ningún palique agrídulce con motivo de algún mal libro, ningún encomio ó aplauso, ninguna *causerie* de buen gusto... nada. Nada, ni siquiera unas cuantas líneas de congratulaciones al reverendo padre Alvarez que va á ser próximamente mi compañero de Ateneo. En fin, lo que se llama nada. Me tira el chismorreó y lo que es peor sobre un punto delicado, sobre la vista fiscal del doctor Seoane relativa á las leyes vigentes prohibiendo el ingreso en el Perú de la orden de los Jesuitas. Aun cuando toda época y toda circunstancia es buena para pedir el cumplimiento ó la derogación de las leyes patrias, se me ocurre que tratándose de ciertos asuntos, como éste, escabrosos porque al meneallos se pueden provocar disgustos caseiros, mitins populares, agriamientos de las pasiones, estallidos de fanatismos opuestos; se ha debido aguardar una oportunidad más propicia, un motivo que hiciera recordar que los señores jesuitas no tienen el derecho de constituirse como congregación religiosa en el Perú. Pero los buenos padrecitos de la Compañía de Jesús se han estado tranquilos en estos últimos tiempos; se han limitado á ejercer subterránea influencia en los hogares y á educar á los niños con nobles sentimientos aristocráticos. Hábiles políticos han rehuído en los últimos tiempos toda oportunidad de figurar de una manera visible; labo-

bra de la condescendencia administrativa y social, á fin de que la menor imprudencia no turbe ni comprometa su estabilidad. ¿Por qué pues molestarlos si no dan motivo, por qué salir hablando de viejas leyes prahibitorias, por qué resucitar pragmáticas apollilladas del coloniaje, por qué recordar su expulsión en 1886, por qué esta impaciencia inoportuna que hará correr culebritas de inquietud por las epidermis de los hijos de San Ignacio de Loyola? Que no tienen derecho de permanecer entre nosotros ni educar niños, según la ley—dice el fiscal. Menos derecho tienen ciertos industriales ante la conveniencia nacional, que es ley que prima, de traer al Perú balumbas interminables de asiáticos que seguramente han de ocasionarnos mayores daños que los que pudieran hacer los jesuitas. Estos son los educadores de nuestra *crème* y como los jovencitos que salen de los planteles de jesuitas entran á la Universidad para buscar un doctorado, las diversas Facultades se encargan de desasnarlos y quitarles los malos resabios que llevan de las aulas jesuíticas. Los jóvenes que no tienen un mediano talento para actuar más tarde de alguna manera en la vida pública no importa que se queden influídos por la educación jesuita, nada pesan; los que algo valen pronto reaccionan y se convierten en adversarios de las idens y teorías de los jesuitas. Los jóvenes más inteligentes que se han educado en los colegios de la compañía de Jesús son precisamente los que más brillan en el campo del liberalismo convencido y racionalista. Ya no es signo de aristocracia—por más que los jesuitas se afanen en inculcar á sus alumnos esta idea—el ser creyente ultramontano, ni la heterodoxia y la libertad de ideas religiosas es signo de canallesca demagogia.

Convenía acaso no haber tocado el asunto. La ley de expulsión de los jesuitas del Perú era una arma de defensa y represión para cuando se repitieran las desvergonzadas enseñanzas históricas del padre Cappa ó para cuando un escándalo ó una influencia inconveniente hiciera necesario su empleo. Era una arma sin melladuras en la punta ni el filo. El sacarla á relucir hoy, en que la misma falta de motivo especial, favorece el juego de influencias poderosas, pone en peligro para el futuro la eficacia de un nuevo *recorderis* de la ley del 55, porque el *olvido* ó desentendencia con que se acogerá la vista fiscal será un precedente para nuevas conciliaciones y olvidos, como hoy lo han de ser las observaciones del Ejecutivo á la ley del 1886, con tanta mayor razón cuanto que en puridad de verdad no han dado los jesuitas motivo especial para que nos acordemos de que su estadía en el Perú y su gestión educativa es ilegal. Más urgente que la expulsión de los jesuitas es una ley restrictiva y general á todas las comunidades religiosas, y más urgente es una ley represora de las inmoralidades que cometan los miembros de cualquier comunidad. ¿Qué haría el Congreso si el fiscal insistiera en que resolviese sobre la ley prohibitiva? La confirmaría ó la derogaría? A este respecto, prescindo y me sacudo de toda influencia oscurecedora que ejerzan en mi mollera las lecturas de la Invernizio y la Braemé, y me atengo á la ley de herencia á que estamos sujetos los limeños en especial y los peruanos en general. Descendientes de Gómez Pérez, *el que rodeó*, rodearemos también. Lo que después de todo sería menos malo que la derogatoria de la ley de expulsión.

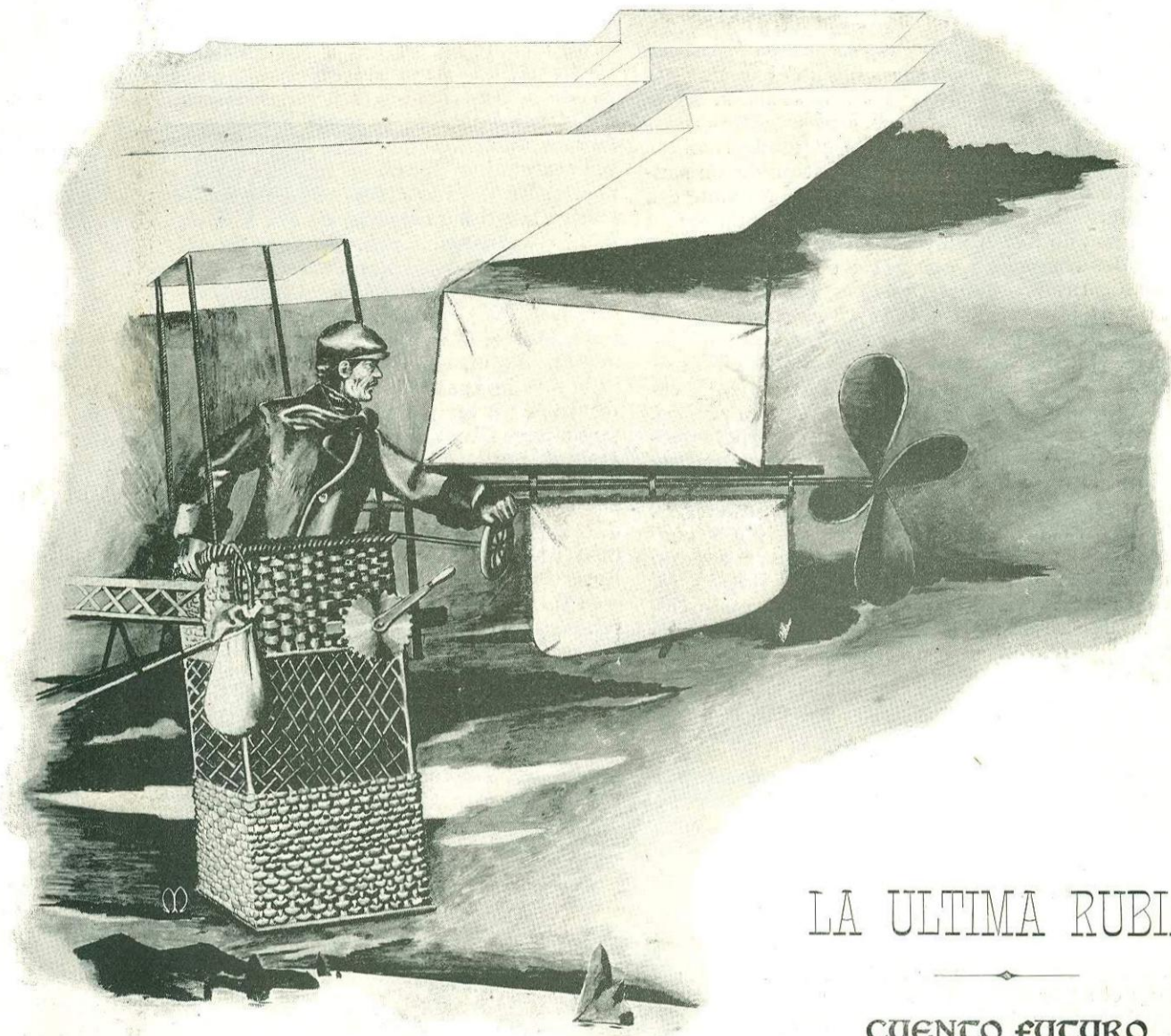


ASISTENTES AL ULTIMO PIC-NIC



Una escena de la "Geisha", en el Olimpo

Fotos. Valverde



LA ÚLTIMA RUBIA

CUENTO FUTURO

El oro se había agotado absolutamente en las entrañas y en la superficie de la tierra. Era tal la escasez de este precioso metal que sólo uno que otro erudito tenía noticias de que hubiera existido. En un museo de Chicago había dos monedas de diez dollars, guardadas en una urna de cristal, que se consideraban como una de las más valiosas curiosidades. En otro museo de Papeete (Tahití), se conservaba un idolillo primitivo, tallado en la extinguida substancia; en París, Tombuctú, Río, Stokolmo, guardaban los museos, con extrema vigilancia, dos luises, una moneda de cincuenta paras, una de 10.000 reis y una de 20 kroners respectivamente. Si no hubiera sido por todos estos museos, la antigua palabra *oro*, auro, en esperanto, habría sido una palabra inútil, aún para expresar el recuerdo de una substancia que, repito, sólo conocían unos cuantos eruditos. En cambio, la elaboración del diamante se había perfeccionado tanto, que por cincuenta francos se conseguía en el año 3,025 uno del tamaño de una naranja.

La investigación de la piedra filosofal se hacía con mucho mayor furor que en la remota Edad media. Un alquimista logró obtener en unas cajas de uranio fosforescente, un depósito de rayos de sol, que sometidos á una presión de 12.000.000.000.000.000.000.813 atmósferas, daba una pasta dorada que podía substituir al oro: tenía su consistencia, su peso atómico, sus propiedades químicas y podría tener las mismas aplicaciones industriales si no tuviera la detestable propiedad de licuefactarse con el frío y evaporarse; esperaba el químico que, añadiendo tres ó cuatro billones de presión, obtendría una substan-

cia más durable. Otro alquimista machacaba en un mortero los estambres de la flor de lis, adicionaba bilis de oso polar y espolvoreaba la mezcla con granalla de selenio ó molibdeno. En seguida envolvía este menjurge en barro de coke, y lo sometía á las descargas eléctricas de una bobina de Rumkfork de 20 metros de largo, y obtenía una substancia amarilla y metálica, que decía ser oro, pero que tenía el inconveniente de oxidarse con la sangre, y disolverse en el amoniaco.

Pero yo, que adoraba el arte y la ciencia antiguos, que había leído los libros vejestisimos de Flamel, Paracelso, Cornelio Agrippa y otros muy notables alquimistas, sabía una receta segura para obtener el oro, receta que leí en uno de esos libros en nota marginal manuscrita, que traduzco del latín para que el lector, caso de encontrar el principal ingrediente, la aproveche si quiere hacerse rico: «Tomarás un cabello de mujer rubia (*rubicunda fámine capella*) y lo pondrás durante cinco lunaciones á remojar en un matraz con una dracma de ácido muriático; cuando se haya disuelto pondrás el matraz al sol, pero sólo en la época en que Venus es estrella matutina (*venere stelle matutinæ esse*) para evitar que sus rayos nocivos (*letalium*) toquen el matraz. En seguida echarás en el líquido media dracma de sangre de drago, media dracma del licor que resuda el laurel, y llenarás por fin el matraz con agua marina (*aquæ maris*). El todo lo dejas á evaporar en lo más obscuro de una cueva salitrosa (*cava nitrosa*) y al cabo de un mes encontrarás la mitad del matraz lleno de un polvillo de la color del licopodio, que es oro puro (*aureum vere*) y que

tundido en un crisol te podrá dar hasta el peso de cinco ducados.»

Figuraos qué enorme fortuna representaba la cabeza de una mujer rubia. Pero es el caso que así como se había acabado el oro, se habían acabado las rubias. En el año 2279 los mongoles y los tártaros, esas malditas razas amarillas, había inundado el mundo y malogrado las razas europeas y americanas, con la mixtión de su sangre impura. No había rincón del mundo á donde esa gente no hubiera llegado y estampado la huella de su maldición étnica: no había un rostro que no condujera un par de ojillos sesgados y una nariz chata; no había cabeza que no estuviera cubierta de cerdosa y negra cabellera. Con verdadera rabia esos salvajes macularon la belleza europea, como para anonadar lo que ellos no podían producir. Quizá si para asegurarse así las victorias del porvenir. Esa raza se extendió por el mestizaje, como una hiedra inmensa que hubiera cubierto el mundo, y al cabo de tres siglos apenas había uno que otro ejemplar de raza pura. La belleza germana, el tipo griego, la gentileza italiana, la elegancia francesa, la corrección británica, la gracia española son hoy meras tradiciones. Sólo una que otra familia de montañeses había conservado los rasgos primitivos de las razas europeas, que el inmundo mestizaje malogró. Así, por ejemplo, mi familia había conservado, hasta hacía cuatro generaciones, la pureza de su raza; pero mi bisabuela se había casado morganáticamente con un acaudalado fabricante de aeroplanos eléctricos, de perfecto origen afgán. Por libros y papeles de familia sabía que mis ascendientes habían sido rubios como el sol, y que de las cuatro ramas, tres se habían mixtionado: una, la mía, con sangre afgana, otra con la de un mestizo chino y la otra con la de un sastre samoyedo de origen manchú. La cuarta rama se ignoraba qué suerte había corrido. Mi padre me decía, cuando yo le hablaba de la rama perdida:

—Estos parientes son unos estúpidos que tienen la chifladura de conservar la pureza de su sangre.

Me lo decía en esperanto, que es el idioma universal. Yo, á pesar de ser mestizo de afgán, á pesar de mi color bronceado, sentía en el fondo de mi sangre el aristocrático orgullo y el amor á la belleza de esas razas añejas que la ola asiática envolvió y anonadó para siempre; y aplaudía íntimamente el aislamiento de esa rama, que había ido á esconder, en oculta cueva ó inexpugnable montaña, los últimos rezagos de su estirpe, ¡Pobres pueblos europeos! Un tiempo fueron formados por razas viriles y dominadoras, cuyas energías, en constante acción, se desgastaron y decayeron rápidamente: ese fué el momento en que la raza amarilla invadió el mundo, como una avalancha gigantesca se amalgamó, se fundió con las razas vencidas y extinguió para una eternidad el espíritu antiguo. Todo lo que habían progresado las ciencias habían retrocedido las artes, pero no hacía Grecia, sino hacía la caverna del troglodita ó al kraal de la tribu salvaje. En ese cataclismo de los bellos ideales y de las bellas formas, substituído por nociones utilitarias y concepciones monstruosas, sólo en uno que otro espíritu retrógrado, como el mío, había un regreso psicológico á las nociones antiguas, un sentido estético añejo, un salto atrás en el gusto por los ideales y las formas que la ola de sangre infecta había sumergido en el olvido. Tenía la obsesión de buscar por todas las regiones de la tierra la rama perdida ó ignorada de mi ascendencia latina, en donde aún se conservaban los rasgos de la antigua belleza. Sentía vivo, avasallador deseo de contemplar una de esas cabezas rubias, que sólo podía ver en los grabados de algunos libros de la biblioteca de curiosidades de Tumbuctú; pero debo declarar, en honor de la verdad, que gran parte de mi afán era debido al deseo de realizar el experimento de alquimia que había de hacerme uno de los hombres más ricos del mundo.

Una mañana me lancé por los aires en mi aeroplano, llevando buena provisión de *carnalina* ó esencia de carne,

legumina, aire líquido, etc., todo lo que necesitaba para proveer á mi vida durante un mes. Crucé é investigué prolijamente las serranías y valles del Afganistán y la Tartaria, las islas de la Polinesia, las selvas y cordilleras de la América austral, todos los vericuetos de la accidentada Islandia: en todas partes encontraba la maldita raza amarilla que había inficionado á la mía, y se había extendido sobre el mundo como una mancha de aceite. En la gran ciudad de Upernawick, fué donde encontré la primera huella de esa familia que yo buscaba. Por los vetustos papeles de familia sabía que mis antecesores europeos se llamaban Houlot. En un paradero aéreo de Upernawick oí en el libro *fónico* de pasajeros este nombre pronunciado por una voz extraña. En varios paraderos oí la misma palabra. Y aun en un hotel más adelantado vi, en el espejo *fotogenófono* en que se inscriben la imagen y la voz de los pasajeros, vi, repito, la figura de un hombre de unos cincuenta años y de dos mujeres, y oí, al tocar el registro, lo siguiente: «Jean Houlot, mujer é hija (esto en esperanto), últimos vástagos de la raza gala (esto en francés), pasaron por aquí el 18 Marzo de 3028, con dirección á cabo Kane, orillas del mar Paleocrístico, 87 paralelo.» Me puse loco de contento y al día siguiente, á primera hora, me dirigí al lugar indicado, á donde llegué cuatro horas después.

En la puerta de una casucha embadurnada ne sulfuro de radio, que la hacía en extremo fosforescente, había un hombre, cuyo rostro era el que yo contemplé en el espejo-registro del hotel. Yo había aprendido tres lenguas muertas, el español, el latín y el francés. Me acerqué al solitario individuo y le dije en este último idioma:

—Señor Houlot, vos sois mi tío, y vengo desde Tumbuctú, sólo por conoceros y saludar en vos el último vástago de nuestra gloriosa y malograda raza.



—Bien venido seas... sobrino, me respondió, con aire huraño y desconfiado. Ya me conoces... Pero dime, pues si eres de mi raza lo disimulas, ¿por qué tu rostro es bronceado?

—Mi padre es afgán; mi madre era una Houlot. Cifro todo mi orgullo en la porción de sangre materna que corre por mis venas. Dejadme, tío, vivir cerca de vos para que seamos los últimos jirones de esa raza que muere con nosotros.

—¡Bah!... no reflexionas que ya en tu sangre hay la mancha asiática.

— ¡Oh tío!, pero conservo sin mancha el espíritu de vuestra raza.

— Bueno, quédate si quieres...; pero te advierto que en mi casa no hay sitio para ti.

Y me quedé efectivamente. Hice que unos samoyedos me construyeran una casa á unas cincuenta leguas ó sea tres cuartos de hora de viaje en aeroplano. Houlot era muy pobre y yo continuamente le hacía obsequios valiosos de carnalina y oxígeno para calentarse, pues el frío que hacía encima del 85 paralelo era terrible, y se sentía debajo de las pieles de oso y de foca que vestíamos, dejando al descubierto las facciones solamente, Houlot y yo llegamos á intimar, y se admiraba de que siendo yo rico sacrificara mi bienestar en los países del Sur por mera fantasía. Houlot era muy avaro y exageraba su pobreza para explotarme á su gusto. Un día, á pesar de sus precauciones, nos encontramos su hija y yo sobre un témpano. Era una joven de unos 25 años, blanca, pálida, de aspecto enfermizo, de ojos y sonrisa picarescos, y con algo de esa belleza perdida que yo había contemplado en las estampas de Tombuctú.

Desde ese día nos amamos locamente al parecer: durante tres meses nos vimos en el mismo sitio y á la misma hora. ¡Cuánto hablamos de amor, iluminados por la luz violácea de la aurora boreal! Y, sin embargo, yo no sabía si era rubia: nunca había visto sus cabellos, pues su vestido de piel de zorro azul, sólo permitía verla el rostro y las manos.

— ¡Oh, si fueras rubia, hermosa niña, te amaría más si cabe, te adoraría con delirio y... harías mi fortuna!

— Rubia soy,—me respondió con adorable mohín de picardía.

Poco después salimos Houlot y yo á coger morsas en un banco de hielo, situado á 68 leguas más al Norte, y durante el camino aproveché esta circunstancia para exponer mis pretensiones sobre mi prima.

— Mi buen tío, es probable que jamás encontréis, para marido de vuestra Suzón, un hombre de su raza. Yo la amo y soy correspondido. Concedédmela, que al fin y al cabo de vuestra raza soy.

— Tú no eres sino un mestizo infame... Primero os mataré á ambos que consentir en esa unión que ha de mancillar el último resto de sangre noble que hay sobre la tierra. Ruín asiático, ruín asiático...—murmuraba enfurecido.

Yo, que conocía la avaricia de mi tío, no hice caso de sus injurias y añadí:

— Estoy en posesión de un secreto industrial que me hará riquísimo. Si me concedéis á Suzón, os haré mi socio, y os daré un tercio de mi fortuna actual y de la futura.

Mi tío se ablandó; á poco accedió y al fin quedó convenido en que Suzón y yo nos casaríamos dentro de seis meses.

Al mes siguiente nos dirigimos á Terranova á pasar el verano. Poco después de nuestra llegada, pedí á mi novia un rizo de sus cabellos. Suzón se sonrió: quitóse la toca de piel, y expuso ante mis ojos una hermosa cabellera rubia como el ámbar.

— Escógelo tú...

Caí extasiado de rodillas, y con mano temblorosa escogí diez ó doce hebras, que guardé cuidadosamente en mi cartera.

En mi habitación tenía preparados mis matraces y retortas. Bajé á la cueva é hice aplicación con los cabellos de Suzón de la fórmula alquimista. Cuando saqué en la épo-

ca oportuna el matraz, estaba éste tan empañado y cubierto de nitró, que no podía verse el interior. Lleno de impaciencia vacié el contenido: era un polvillo rojizo entremezclado de cristalitos de sal marina y pedacillos de resina. En medio de todo estaban unas cuantas hebras de cabello negruzco y sin lustre. De oro no había el menor rastro. Quedé profundamente desconsolado y caviloso. Fuí á casa de Suzón para pedirle nuevamente cabello, y repetir la experiencia con mayores precauciones. Entré, y no encontrando al viejo tío en la casa, llegué de puntillas hasta el tocador de Suzón. Ella estaba de espaldas á la puerta con la cabeza sumergida en una jofaina.

— Padre,—dijo al sentir mis pasos.

— No es tu padre, soy yo;—contesté cariñosamente.

Suzón dió un grito de sorpresa y se volvió: sus cabellos goteaban una agua de un color indefinible.



— ¡Ah, pícaro, me has sorprendido!

— Sí... perdóname... ¿pero que agua verdusca es esa?..

— Eso es... ¡Bah! ¿Por qué no decírtelo, si no es un crimen?... ¿No me dijiste que me amarías con delirio si yo fuese rubia?..

— Sí, ¿y qué?—respondí pálido, con el rostro contraído por la rabia, pues comenzaba á comprender.

— Que todas las mañanas me tiño el cabello para que me quieras más,—contestó, y con cariñosa coquetería me tendió los brazos húmedos al cuello.

Yo sentí como si me hubieran dado un hachazo. Y, rechazándola violentamente, exclamé vibrante de cólera:

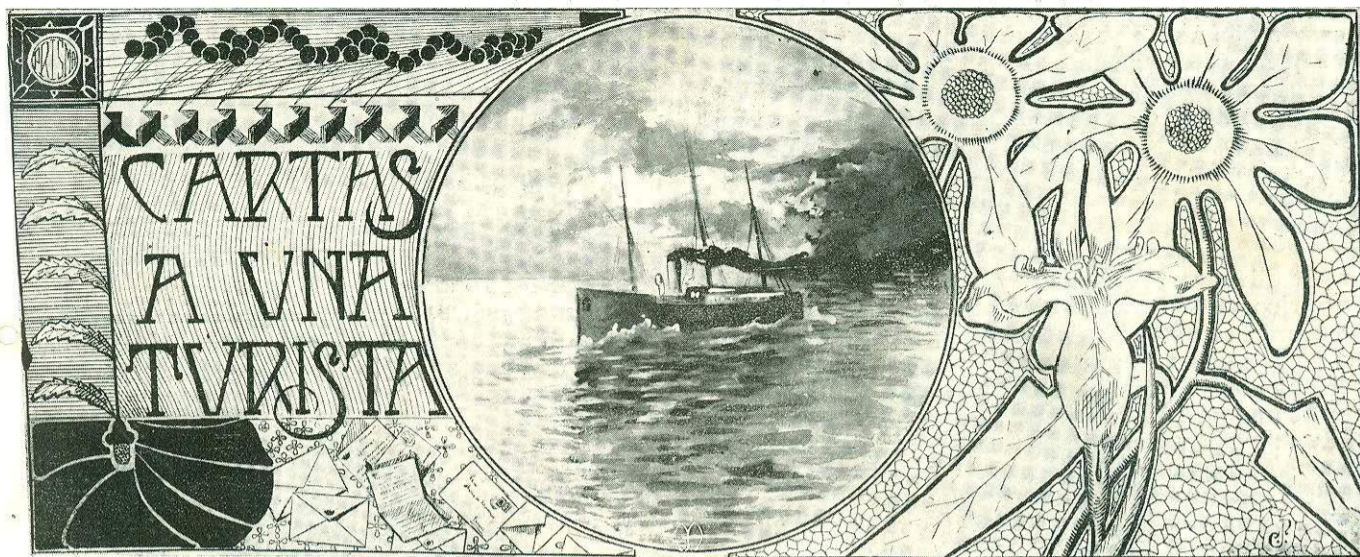
— ¡Bestia! ¡Lo que yo amaba en ti era á la rubia auténtica, á la última rubia, á la que murió con tu abuela!..

Y, sin perder más tiempo, regresé á Tambuctú, donde revisando mejor los papeles de familia he venido á saber que allá por los años 2222, un Houlot había ejercido en Iquitos (gran ciudad de 2.500.000 habitantes, en 1ª Confederación Sud-Americana), la profesión de peluquero, perfumista y tintorista de cabelleras.

Probablemente no volverá á existir oro en el mundo, y más probablemente aún, tendré que casarme en Tombuctú con alguna joven de ojillos oblicuos, tez amarillenta y cabellos negros é hirsutos.

CLEMENTE PALMA.





Rosa, amada amigueta risueña que ves la vida del color de tu nombre simbólico, ¡cuán presentes tengo las observaciones agudas, las frases picantes, las sonrisas maliciosas conque acogías todo tema que se te antojaba vulgar y convencional. Era uno de estos la eterna manía de ensalzar el pasado á costa del presente, de censurar el Lima de hoy comparándolo con lo que que fué. ¡Ay, Rosita, elocuente y deliciosa panegirista de la sociedad actual! estás muy lejos para que tu charla musical pueda afirmarme que vivimos en el mejor de los mundos posibles y las frases desengañadas que salen de bocas en las que la experiencia ha puesto su gesto cansado no dejan de parecerme justas. No creo, por cierto que deban echarse de menos las cocinerías criollas en plena Plaza de Armas ni las acequias que daban á nuestras calles tan singular encanto. . . . acuático; nó; es evidente y, hasta cierto punto, grande, nuestro adelanto material; pero á pesar de este adelanto y quizás si un poco á causa de él, nuestro nivel moral ha decrecido. Hoy los rasgos característicos de nuestra ciudad son la afición al *confort*, el gusto por el lujo, no por el sólido y positivo de nuestras abuelas, sino por el brillante y aparatoso que impone la vida moderna con sus mil naderías costosas y sus ruinosos refinamientos de los que, á *outrance*, quieren gozar todos. Aún no es el ídolo el becerro de oro; pero se vá hácia él por la senda del sibiritismo elegante. Del limeño generoso que entregaba despreocupadamente su fortuna por el triunfo de una idea, sólo queda el recuerdo; hoy impera el deseo de llevar una existencia cómoda y faustosa y se lucha rudamente nó por la conquista del ideal, sino por la del mágico metal sonoro. Exagerados como buenos latinos, nos arrepentimos de haber construído demasiados castillos en el aire, edificando sólo los que producen un fuerte y seguro interés y huímos de las locas utopías de don Quijote para caer en el materialismo socarrón de Sancho; un mal guiado sentido práctico nos hace ver con burlona conmiseración todo lo que no tiene un fin utilitario y los pocos que escapan á esta tendencia general se abstienen de toda iniciativa elevada, persuadidos de que, pasado el nervioso impulso, entusiasta de los primeros momentos los abandonarían sus huestes, ganadas por el indiferentismo escéptico ó por la conveniencia personal, que tiene tarifa para los sentimientos y las convicciones. Desde aquí no parece ver la sonrisa de picardía con que me dices que los viejos tienen tan severo criterio por eso, porque lo son; no es preciso sentir la nostalgia de los hermosos años que no vuelven para ver que Lima está en peligro de olvidar sus tradiciones de criolla noble y desprendida para apasio-

narse de lo que significa oropel y vanidad como cualquiera burguesa advenediza.

Los que piensan que la murmuración es un placer esencialmente femenino dirán que nos dedicamos á ella en gran escala, ya que la distancia nos impide ocuparnos de sí el paletot de nuestro amigo Fulano hace este invierno su tercera campaña ó si el sombrero de Fulanita le ha resultado completamente *huachafo*; nó femenino, sino humano debía llamarse este poco caritativo entretenimiento, que es, para la gente culta, torneo de palabras aceradas, de comentarios intencionados, de chistes malignos y sabroso y mal sano estimulante de toda conversación mundana.

Por tu última carta sé que en el sepelio del Marqués de Fontanar que presenciaste desde un balcón, te mostraron á los más linajudos representantes de la aristocracia española y á los actores notables de Madrid, que acompañaban los restos del padre de su insigne compañero Fernando Díaz de Mendoza. Para las rancias ideas nobiliarias son ingratos y calamitosos estos tiempos de tan poderosa fuerza democrática que un grande de España vence todos los obstáculos que el orgullo de raza le opone para que suba al escenario, da su nombre, que antes llevara la hija de los Duques de La Torre, á una actriz que tiene por único pergamino su diploma del conservatorio y prefiere, al privilegio de cubrirse ante el Rey, el dé inclinarse agradecido ante el público que le aclama, no por el prestigio de un nombre heredado sino por el de su propio estuerzo. Acerca del mérito artístico del actual marqués de Fontanar conozco muy diversas apreciaciones: si uno le considera como el más digno sucesor de Vico y Calvo, para otros, á pesar de las vivas protestas de Benavente, es solo *el marido de la Téllez*. Sea como fuera, amigos y detractores reconocen que ha llevado á la escena castellana las energías del trabajador consciente y decidido y las espléndideces del gran señor.

Mientras tu admiras á María Tubau en la Princesa ó ríes en los teatritos por horas, el buen público de Lima acude á una carpa de la plazuela de San Juan de Dios, donde se exhibe una troupe de fieras amaestradas. Los chiquitines se consuelan de la ausencia de los marionetes de Dell'Acqua siguiendo con ojos curiosos y asustados las evoluciones de las bestias y, al fin, reanimados por la tranquilidad de los espectadores, aplauden con sus manecitas enguantadas y prorrumpen en alegres bravos! El resto del público se asombra ó se aburre y yo venzo el cansancio que me ha dejado el espectáculo y te escribo sobre todo lo que se me ocurre.

ARACELI.

EL "REAL FELIPE"

UN PLAN AUDAZ

(Continuación)

Ahora bien: en el drama figura un personaje misterioso; un marino inglés; un capitán de buque mercante, joven y ataviado con el uniforme vívido y coloreado de los hijos de la mar de aquella época. Semejante á un cometa, brilla, esparce luz, y luego se aleja, se le pierde de vista y desaparece sin dejar huella alguna en el firmamento que cruzó rápidamente. Es un celaje que se apaga cuando la noche sobreviene con sus tristezas y tenebrosidades; una luz que se extingue cuando la tempestad destruye las espigas lozanas de la esperanzas que se acariciaban.

El primero que habla de ese personaje es Espejo: El 20 de julio, en la huerta de Presa, y entre los que formaban la junta de ese día, vió «á un capitán inglés, con insignias de tal»; que ignora el nombre de ese capitán «conocido y amigo de Gómez»; que su filiación era la siguiente: «*rubio y rosado; su estatura, cinco pies una pulgada; vestido con volante azul, pantalón blanco y chaleco de lo mismo, sombrero redondo, nariz aguileña, ojos azules, con dos precillas sin divisa*» y «se persuade que «el capitán inglés fuese á tratar con Gómez y los demás, «acerca de admitir á su bordo á Zababuru, luego que se «consiguiese la sorpresa y arresto del señor Virrey, Inspector, mayor de la plaza y jefes...»

Más tarde, el 1º de octubre, el doctor don Nicolás del Alcázar, otro de los más comprometidos, habla de que el 20 de julio «recibió una carta de un oficial inglés, la que «le entregó un marinero y en la que lo invitaba para que «lo auxiliase á introducir un contrabando que tenía en su fragata»; que en el Callao, el día veintiuno, después de las oraciones «sentándose en el Resguardo divisó al oficial «inglés á quien ya conocía de antemano... «Que sus señas eran: *blanco y rosado, pelo rubio, como de cinco pies una pulgada; su edad como de veinticuatro años; una argolla en la oreja; con volante pètil azul corto, pantalón «de lo mismo y ceñidor colorado; sombrero redondo de lustre; su nombre Jorge, ignorando su apellido.» (1)*

VI

Comprobado está, pues, el hecho de la intervención de un marino británico en los sucesos que se preparaban y que este era el capitán de la fragata de la misma nacionalidad fondeada á la sazón en el puerto.

Dado el carácter audaz de don José Gómez, quizás si entrevió la posibilidad de realizar la ardua empresa de apoderarse de la escuadrilla española; pero atendida su mesura y el cuidado que empleó en preparar su plan y madurarlo, preveyendo todas sus consecuencias, es indudable que pensó en el aviso á San Martín por medio de Zababuru, aprovechando de la fragata inglesa de cuyo capitán era amigo.

Más adelante veremos cómo hasta el fracaso fué previsto por Gómez y cómo aseguró el camino para escapar, entonces y burlarse de la persecución de sus enemigos.

Una embarcación de don Juan Castro, dueño de la panadería de Bellavista, esperaba á los comprometidos no muy lejos del Callao para recibirlos y ponerlos fuera del alcance de las autoridades españolas, si la empresa se malograba.

Don José Gómez fué constante en las numerosas instructivas que se le tomaron.

Afirmando siempre que sólo se había tratado de extraer un contrabando procedente del navío inglés; encastillado en ese hecho, las preguntas, cargos y reconvencciones que se le hicieron, se estrellaban y deshacían contra la fortaleza de su carácter, como bolas de nieve arrojadas contra un bloque de granito.

Nada dijo, pues, respecto de aquel marino, cuya intervención negó siempre.

Solamente cuando estuvo en capilla, la víspera del día en que subió las gradas del tabladillo fatal, habló para echar sobre sí toda la responsabilidad, para cargar sobre sus robustos hombros los pecados de todos, y si condenó é algunos se vé clara su intención.

Demorar su sacrificio.

En vista de sus graves revelaciones podría retardarse su suplicio y lo postergación de su ahorcamiento para esclarecer más los hechos, hasta entonces apenas esbozados entre las brumas que los rodeaban, eran quizás la salvación.

¿Cómo....?

Tal vez si pensó en una intervención providencial ó fijó su pensamiento en el Sur, en donde la tempestad había estallado destruyendo el secular edificio colonial, y concentraba sus fuerzas para marchar al Norte en pos de Lima, luminosa estrella la más brillante de la constelación americana.

VII

Pero dueños de la fortaleza no habría sido posible á los revolucionarios resistir el formidable ataque simultáneo de las tropas de línea de la capital y de las fuerzas navales....

Rodil dá la respuesta. Este jefe español probó más tarde el poder de resistencia de los castillos, cercados por tierra y mar; pero sostenidos por un hombre tenaz, bravo y altivo.

Aun puede argüirse que retirado el batallón del «Infante don Carlos» faltó la base principal para hacer viable la empresa, y que, el intentarla después de ese hecho, era, realmente, una obcecación, el paso seguro al desastre.

Mas no debe olvidarse que en la plaza habían quedado los cabos comprometidos, con cuarenta hombres más ó menos del mencionado batallón, todos adictos y fieles, veinticinco de los cuales fueron enviados á reforzar el castillo de San Rafael, cuando el plan hubo fracasado.

El regimiento de españoles de Lima ó sea del «Número», por otra parte, estaba formado en su casi totalidad por criollos, y, por eso, poco adictos al régimen español,

Su efectivo no llegó jamás en el año de 1818 á quinientos hombres y según una lista de revista (2) su máximo el de cuatrocientas setenta plazas, de comandante á último soldado, y su dotación de oficiales se hallaba incompleta.

Se componía la plana mayor y oficialidad de los siguientes:

Sargento mayor veterano y comandante accidental: Marqués de Casares.

Compañía de Granaderos.—Capitán don Francisco Manrique; dos tenencias vacantes; Subtenientes: don Manuel Salazar, don Martín Gaman y don Juan de la Puente.

(1) Inédito.

(2) Documento inédito.

Compañía de Cazadores.—Capitán don Manuel García Plata; Tenientes: don Mariano Laines y don Manuel Gallo; Subteniente don Juan Porras (una subtenencia vacante).

Tres compañías de fusileros cuya totalidad de oficiales se componía del capitán don Agustín Tello; los tenientes Francisco Basadre y José Tadeo González y el subteniente don José Calvo.

Por capellán tenía al presbítero don Baltazar Monzón y por cirujano á don Manuel Cáceres.

Faltábale, además, ese elemento indispensable en todo cuerpo militar, que es la base de su potencia: la disciplina.

El jefe de la plaza decía el 22 de julio al Virrey: «La «tropa del «Número» ha estado muy puntual y con demostraciones de desear cumplir con sus deberes; pero, «excelentísimo señor, está *sumamente falta de instrucción, disciplina, y demás calidades para poderlo efectuar* «y sin fornituras para depositar sus municiones, que anoche las conservaron en la faltriquera de sus chaquetillas». (1)

VIII

Como curiosidad histórica, y comprobante de la serenidad de Gómez trascibo aquí algunos párrafos de sus instrucciones y confesiones, en la parte relativa al plan de su atrevida empresa.

Se verá en ellos que Gómez no era hombre capaz de concepciones vulgares é imposibles; que conocía las dificultades de un proyecto de asalto á viva fuerza; y que su defensa la basó hasta la víspera de su muerte, en estas dos columnas:

1ª Imposibilidad de apoderarse del castillo por la violencia, y no era un loco para concebirlo siquiera; y

Reconvenido cómo niega el cargo cuando hay antecedente 2ª El premeditado contrabando á cuya realización contribuía, era el único móvil de su presencia en el Callao.

Dichos párrafos son los siguientes:

Preguntado el 26 de agosto si sabe que se ha hecho cómplice en el delito de insurgencia respecto á que luego que supo el fin para que fueron reunidos en la corcha,

(1) Documento inédito.

no pasó á dar parte al Teniente Gobernador de la plaza y se preveniese para evitar la sorpresa, pues con un corto rodeo podía muy bien haberlo verificado, y por lo tanto que debe sufrir la pena como encubridor de semejante atentado, y por infiel al soberano, pues á costa de su vida estaba obligado á participar lo que se premeditaba, dijo:

«Que en el hecho de haber oído la expresión de que se premeditaba la sorpresa del castillo se sorprendió, por una parte, y por otra conocer que *era un delirio* que doce hombres ó veinte pudiesen presumir é intentar semejante disparate contra una plaza guarnecida y vigilante, por cuya razón no dió parte y se dirigió á esta capital.»

En la confesión del 13 de setiembre. dente que en el camino á Santa Olaya manifestó que conseguido el proyecto era su intención poner preso al Teniente Gobernador del Real Felipe y hacerle firmar partes para el Excmo. señor Virrey, Inspector, Mayor de plaza, y jefes, manifestando en ellos ser precisa su presencia en aquel destino por tener que comunicarles asuntos arduos y luego que se presenciasen en él, levantar el puente levadizo y arrestádoslos mandar en la fragata inglesa á Zabarburu con el aviso á San Martín y que para su plan contaba con los prisioneros de casas-matas: Dijo: es falso el contesto del cargo por opuesto á la razón natural que un subalterno precise á su superior á presenciarse ante él.»

«Vuelto á reconvenir que sin obstinarse en la negativa diga ser cierto el cargo sin apelar al efugio de que un inferior pueda á un superior hacerse presente ante él, pues, según las circunstancias, podía hacerse preciso, ya por no poderse separar de su destino, y así se le conmina á que confiese ser cierto haberse así expresado en el camino de Santa Olaya á Zabarburu, Espejo y León, con quienes se dirigió á aquel destino el 22 de julio dijo:»

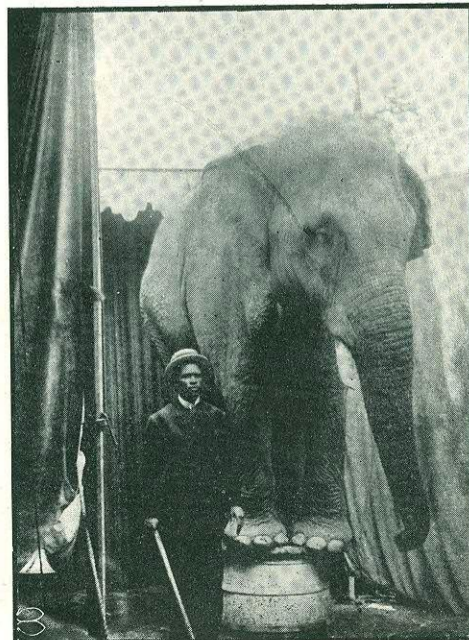
«Me remito á la contestación antecedente y no es dable que tomado como se supone el castillo por sorpresa se verificase lo que expone el cargo, habiendo tantos vecinos en la población por donde se inteligenciase del acaecimiento al Excmo señor Virrey.» (2)

(2) Documento inédito.

ANÍBAL GALVEZ.



La pantera del circo y su domador
Llandes



El elefante "Columbia"



El oso

Inst. Grandjean

A Giuseppe Garibaldi

III NOVEMBRE MDCCCLXXX.

Il dittatore, solo, a la lugubre
schiera d'avanti rinvolto e tacito
cavalcava: la terra e il cielo
squallidi, plumbei, freddi in torno.

Del suo cavallo la pesta udivasi
guazar nel fango: dietro s'udivano
passi in cadenza, ed i sospiri
de' petti eroici ne la notte.

Ma da le zolle di strage livide,
ma da i cespugli di sangue roridi,
dovunque era un povero brano,
o madre italiche, de i cuor vostri,

saliano fiamme ch'astri parevano
sorgeano voci ch'inni suonavano;
splendea Roma olimpica in fondo,
correa per l'aere un peana.

—Surse in Mentana l'onta de i secoli
dal triste amplesso di Pietro e Cesare:
tu hai, Garibaldi, in Mentana
su Pietro e Cesare posto il piede.

O d'Aspromonte ribelle splendido,
o de Mentana superbo vindice,
viene e narra Palermo e Roma
in Capitolio a Camillo.—

Tale un'arcana voce di spiriti
correa solenne pe'l ciel d'Italia

quel di che guariono i vili
botoli, timidi de la verga.

Oggi l'Italia t'adora. Invócati
la nuova Roma novello Romolo:
tu ascendi, o divino; di morte
lungue i silenzi dal tuo capo.

Sopra il comune gorgo de l'anime
te rifulgente chiamano i secoli
a l'altezze, al puro concilio
de i numi indigeti su la patria.

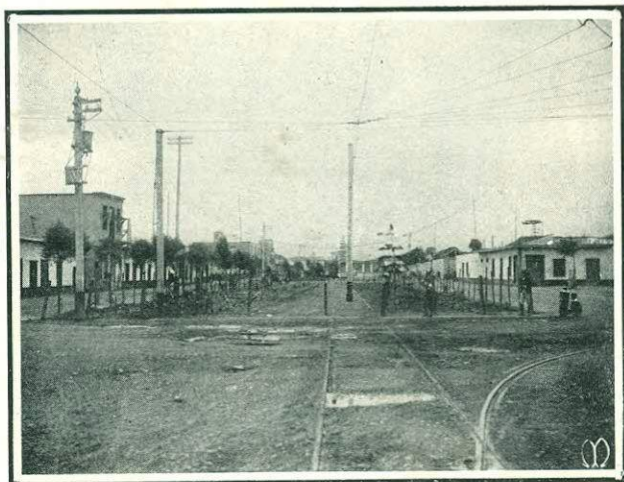
Tu ascendi. E Dante dice a Virgilio:
«Mai non pensammo forma piú nobile
d'eroe». Dice Livio, e sorride:
«E' de la storia, o poeti.

De la civile storia d'Italia
e quest'audacia tenace ligure,
che posa nel giuste ed al'alto
mira, e s'irradia ne l'ideale».

Gloria a te, padre. Nel torvo fremito
spira de l'Etna, spira ne'turbini
de l'alpe il tuo cuor de leone
incontro a'barbari ed a'tiranni.

Splende il soave tuo cuor nel cerulo
riso del mare, del ciel, de i fioridi
maggi diffuso sur le tombe
e i marmi memori de gli eroi.

GROSSUÉ CARDUCCI.



Avenida Garibaldi



Casa que ocupó Garibaldi en el Callao

Fotos Poncetti

Notas Hípicas

"LLANO" EN LOS PREMIOS CORSAIRE Y METEORO

FUE todo una revelación. "Llano" jamás había recorrido una distancia semejante; 3,700 metros en dos pruebas del mismo programa parecía demasiada exigencia para un animal cuyos éxitos anteriores no se habían presentado en un escenario

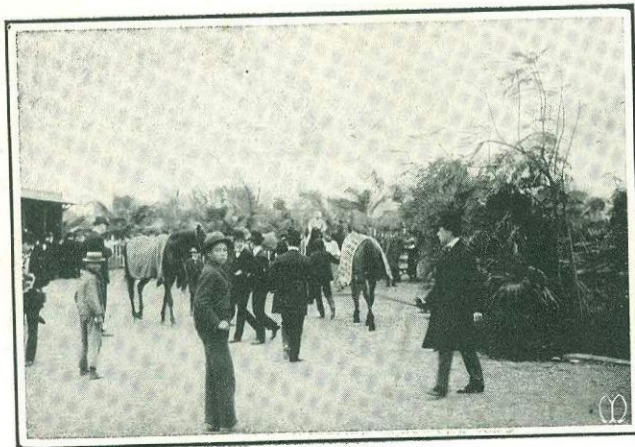


"Llano" regresando de un triunfo, con su propietario el Sr. Aspíllaga
Jockey Rudecindo Díaz—Preparador J. Casella

tan vasto. Pero un nuevo acontecimiento sensacional nos tenía reservado para el 30 de julio, el magnífico pupilo de los señores Aspíllaga, que ha dado el tema de la conversación del día, interesante y animado.



"Lily" por "Golden Garter" y "Mythic", del Stud Cayaltí, ganadora del premio Fleet Foot



Por los studs



En la pelousse

En el premio «Corsaire» de 1,500 metros ganó fácilmente de punta en un galope suave y elevado, sin gastar sus energías, ni hacer alarde de triunfo, reforzando sus músculos y ejercitando su acción. En los 2,200 metros del premio «Meteoro», corrió detrás de «Ventarrón» que dirigió un *train* fuerte; y sin cambiar de táctica, por la impetuosidad bien sostenida de su rival "Llano" siguió tranquilo el galope del puntero y al cubrir la milla en la última curva, se lanzó resuelto á conquistar su puesto, llegando victorioso á la meta en medio de una ovación.

El programa de la tarde modesto en apariencia pero fecundo en sucesos importantes, nos hizo disfrutar así de agradables momentos y hermosos espectáculos. A las dos carreras impresionantes de "Llano" perfectamente dirigidas por Rudecindo Díaz, hay que agregar los otros tres restantes con llegadas reñidas y dividendos gigantescos.

El premio «Carina», en que después de una larga lucha, lograron "Honor", "Visión" y "Doubtfull" entrar casi juntos á la raya, distinguiéndose apenas, uno de otro, por menos de media cabeza de ventaja á raíz de una atropellada imponente de la representante de Alianza.



A ver los favoritos Inst. Grandjean

El triunfo de Díaz, en "Lirio" por un hocico sobre "Oro II", ha sido uno de los mejores que hemos presenciado en esta temporada, debido únicamente á la acción inteligente y oportuna del ya célebre jinete de "Llano".

En cambio, en la siguiente prueba, "Lily" la pensionista del Stud Cayaltí, ganó sola sin acordarse para nada de su jinete. La hermosa hija de "Golden Garter", la mimada potranca del año pasado, coqueta y delicada, ligera y alegre volvió, en el premio «Fleet Foot», en busca del prestigio de su nombre que como una Mascota discreta y amable le dió su madrina en la simpática fiesta de su bautizo, entre mimos y felices augurios.

CRONICA DE LA SEMANA

“A través de un prisma”

Confieso que soy indiscreto y que la indiscreción es uno de los muchos y graves defectos que plugo otorgarme la madre Naturaleza; más aún, confieso,—y siento que este artículo vaya pareciendo un *ego peccavit* literario,—que los secretos femeniles tienen para mí no sé qué encantadora sugestión, no sé qué misterioso atractivo, mezcla de ingenuidad y malicia, que hacen por llevar luz y dar publicidad á cualquiera de estos secretos haga cuantos esfuerzos sean posibles. Y no se crea que los asuntos trascendentales son los únicos que tienen el poder de apasionarme, nó; las pequeñas futilidades femeniles, muchas medias frases en las que quizá no se trate sino de la compra de un *pochade* ó del recuerdo de un galanteo, poseen la propiedad de interesar singularmente mi curiosidad infantil y tornadiza, á punto de hacerme cometer inconveniencias indignas de una persona que desea pasar por seria y circunspecta.

Una inconveniencia de estas es la que intento cometer hoy á despecho de las cóleras adorables que mi indiscreta conducta pudiera provocar. Se trata de una carta, toda escrita en una cuartilla gris acero, impregnada de *foin fané* y trazada en minúsculos y alargados caracteres, que llegó á mi poder después de isabe Dios! qué errabunda y accidentada travesía. Quizá si un descuido de la tenedora, tal vez si el cuidado de la administración de correos hicieron extraviar ese pequeño trozo de papel, perfumado por la caricia de una mano encantadora y diminuta, hasta hacerlo llegar á mi mesa de borroneador curioso é indiscreto.

La carta que hoy publico, pidiendo por ello perdón á su incógnita autora, dice así:

Querida M..... Cumpló mi promesa, de jo mi ociosidad de todos los días para tomar la pluma y escribirte lo que no pude contarte el domingo en casa de las B.... los detalles del paseo del sábado á la Magdalena, paseo al que tu servicio religioso te impidió asistir. Ya recordarás los



La plana mayor de la fiesta

propósitos de amplia diversión que juntas hicimos desde el día que fuimos invitados; pues bien esos propósitos no se vieron frustrados, y pese á los fúnebres vaticinios de cierta amiga nuestra, el sábado último nos divertimos tanto como es posible divertirse en esa clase de fiestas.

Salimos de Lima, á las dos de la tarde, en los negros carritos de ese camino llamado de fierro, que más parece camino de humo y tierra, dada la gran cantidad que de

estas molestas partículas recogimos en el camino. A mi lado iba un joven ingeniero, uno de nuestros más decididos *yuankee-meu*, el que durante todo el viaje no dejó de hablarme de las diversiones de Ithaca, y de las bellezas del *basse ball*, juego del que creo has recibido continuas lecciones. Sin ironía eh!

En el casino se bailó *beaucoup*, según la frase de tu amigo el secretario de legación, iniciador de *paper chasses* y amante de los francesismos—¿se dirá así?— á toda



Petit tables

Fotos. Valverde

costa, pero la malevolencia de los jóvenes organizadores del paseo había encerado el piso del casino del modo más apropiado para conseguir la rápida caída de las bailarinas más firmes y decididas, así es como tu puedes comprender, no faltaron las caídas, sin consecuencia felizmente. Una chiquilla morena, de grandes ojos negros, sufrió un resbalón en ese peligroso piso, cayéndose también una alta y rubia personalidad caritativa. Ya ves tu mi querida, *La Caridad* por los suelos. ¡Qué tiempos los que vivimos!

Intencionalmente callo á tu principal pregunta del domingo; no me gusta que digas que soy chismosa; él se divirtió mucho, bailó, también *beaucoup*, pero me está prohibido indicarte quien fué la compañera de estos bailes. Quizá si hago procediendo así más bien de lo que pienso.

Al fin un paseo encantador. ¿Fotografías? muchas; en una de ellas, no se si para PRISMA ó ACTUALIDADES, aparecen sentadas en el centro de un grupo, Amalia Revett, Susana Ferreyros y Luisita Garland las presidentes y tesorera de la Sociedad de Miraflores, parecen las tres Virtudes, ó mejor dicho las tres Gracias, frase que no es mía sino de un poeta que es, admírate!, empleado en un Banco y admirador entusiasta del centro de dicha fotografía.

El regreso no hay que contarlo; las cosas tristes debemos silenciarlas siempre: Y ahora si quieres más detalles ven á tomar té mañana conmigo, y puede que me resuelva á dártelos completos y extensos. Si rechazas esta amable invitación de tu amiga, te veré seguramente en el ensayo del miércoles, y entonces cuenta con que en castigo seré indiscreta, dándote con ello un disgusto muy grande.

Ven pues mañana. Te espero á las 3. Da un beso á tu mamá y tu recibe mil de—*Nita*.

He aquí la carta cuya autenticidad garantizo. Quizá si ella no tiene más enmendaduras que las que, de algu-

nos conceptos ortográficos en abierta oposición con los de la Academia, hiciera el corrector de PRISMA. Al publicarla, pido perdón á su misteriosa escritora, y á mis

amigas las personas citadas en este trocito de papel que llegara á mis manos en una de estas grises mañanas de junio.

ZADIG.

Nuestra información gráfica

En la presente semana se ha realizado el casamiento de la señorita Celia Fernández Concha y el señor Luis Carlos Romero y del señor Leopoldo Eguren con la señorita Leonor Bresani y Rosell.

Desde que Sidney Jones escribió la célebre opereta *El Mikado*, las obras musicales del gran compositor inglés han pasado á figurar en el repertorio de casi todas las compañías de opereta, representándose en todos los escenarios del mundo.

La Geisha, una de las obras de más éxito, se ha cantado en todos los teatros y en todos los idiomas, y hoy traducida al castellano (?) y reducida á un acto sirve para llenar de público las localidades de nuestros teatros por horas.

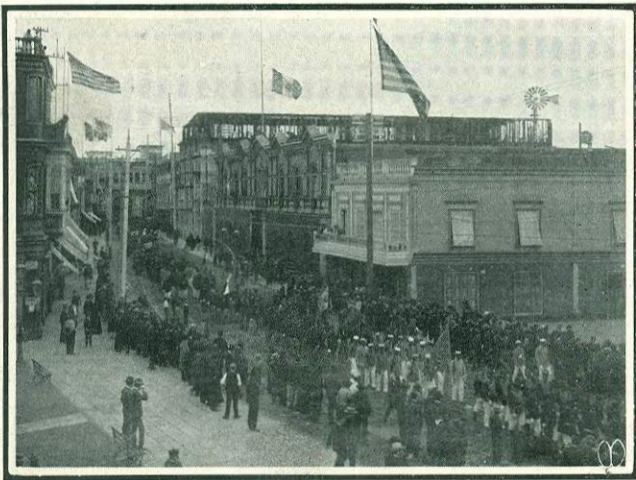
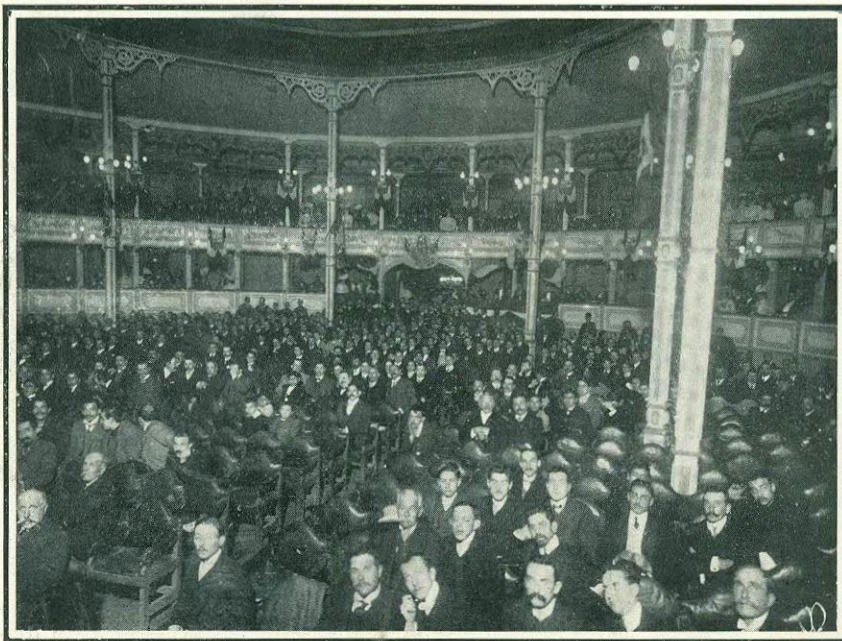


Foto. Poncetti Llegada de las comisiones al Callao



Foto. Moral Comisión organizadora de las fiestas del centenario



Velada en el Politeama en honor de Garibaldi

Foto. Poncetti



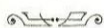
Lápida conmemorativa colocada en la casa que ocupó Garibaldi en el Callao
Inst. Grandjean



La fiesta en la casa de Garibaldi

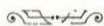
Foto. Poncetti

La compañía Carrasco ha puesto también en escena la opereta inglesa que le ha dado ocasión á la señorita de Romo para lucir su buena escuela de voz, á las señoras Garmendia y Mendoza para alcanzar aplausos en todos los pasajes, y al pintor escenógrafo para confeccionar sobre cuatro lienzos un pasaje nipón, abundante en quitasoles y crisantemos.



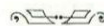
Con el mismo entusiasmo de los años anteriores se ha celebrado la fiesta de San Pedro, patrón del vecino balneario de Chorrillos.

Con este motivo PRISMA, publica hoy una vista relacionada con esa fiesta, que en el mes de junio, viene á alterar la invernal tranquilidad de Chorrillos.



Príncipe Luis de Orleans y Braganza

El príncipe Luis de Orleans y Braganza que está recorriendo la América para entretener sus ocios, que son muchos, ha hecho ostentación de su antipatía por el Perú, país que ha resuelto no visitar. Por nuestra parte agradecemos la resolución de S. A. R. (y presunto heredero del trono del Brasil, para cuando la nueva república se cansa de serlo,) y en prueba de que no le guardamos rencor por sus feos sentimientos para con nosotros, hacemos tres cosas: publicar su retrato, decirle al príncipe que es buen mocito—cosa que ha de halagarle—y aconsejarle que si va al Ecuador por mar ó regresa á Chile, no se embarque en un vapor de la Compañía Inglesa. Crea S. A. que el consejo vale oro.



Enlace Romero—Fernández Concha Foto. Moral

La clásica farándula de los saltimbancos, transformada hoy en abundante séquito de domadores y palafreneros ha llegado á Lima trayendo para alboroto y regocijo de grandes y pequeños, una no despreciable cantidad de animales amaestrados, entre los que se cuentan tres leones, un elefante y varias otras fieras de honrosos y respetables antecedentes.

De estos animales, *Columbia*, joven filósofo, perteneciente á la clase de los paquidermos ilustrados, y los leones *Wallace* y *Boby*, han sido los que lograron los mayores aplausos de los asistentes al circo *Lowande*.



Enlace Eguren—Bresan Foto Moral



Procesión de San Pedro en Chorrillos

Inst Robles

Mi Tío Barbassou

(NOVELA DE MARIO UCHARD)

(Continuación)

Hacemos también visitas á los dos castillos que hay en la localidad, el de los Montobec y el de los Cambouliou; pero esto dentro de los límites más estrictos que imponen los deberes de vecindad pues el elemento femenino que en ellos se encuentra lo tiene clasificado mi tío entre las últimas capas de la zoología inferior.

Una vez por semana comemos en casa del doctor Morand, hombre de gran valor á quien sólo le ha faltado un escenario más vasto y que es el único mortal que podría ejercer alguna influencia sobre el capitán Barbassou, si este fuese capaz, por su índole, de obedecer á cualquier predominio exterior. Allí reina, en su más feliz manifestación, la vida de familia representada por una multitud de hijos. Ya te hablé de Morand el spahí y de su prima Geneveva.

Geneveva, con sus diecinueve años, es la mayor de una catterva de chiquitines nacidos del segundo matrimonio de su madre. El doctor, que es rico para lo que se acostumbra en el país, los ha recogido á todos á la muerte de su hermana. Nada más encantador ni más animado que esta casa en cuya atmósfera se se respira un perfume de tranquila felicidad y de honradez sin mancha. Hay que ver á Geneveva, la mayor, rodeada de sus cuatro pequeñuelos, hermanitos y hermanitas de caras sonrosadas, todos muy limpios y muy bien criados, á la vez diablillos y obedientes y á quienes gobierna de un modo admirable. ¿Es bonita? Confieso que no podría decirte. En ella la cuestión de la belleza se halla supeditada á cierto encanto en los ademanes de que apenas se da uno cuenta. Tiene seguramente hermosos ojos, porque su mirada atrae y se adivina en ella una alma. Jorge Morand, su novio, la adora y, por muy *africano* que sea, sufre cierta especie de dominación que le somete por completo. Parecen creados expresamente el uno para el otro, y son felices. Ella calmará el ardor demasiado provenzal del guerrero. Mi tío hace profesión de detestar á los muchachos. Creo inútil decirte que, tan pronto como llega el capitán, toda la bandada acude á él y no se baja de sus rodillas. Les sirve de caballo y les hace barquitos. Quisiera que lo hubieras visto el otro día gruñendo y cosiendo un botón en los calzones de Pepito (botón que él había hecho saltar al dar una vuelta al chiquitín) por miedo de que riñese Geneveva.

Yo soy verdaderamente mimado por toda la familia, y ya puedes calcular si discutiremos el doctor y yo. Antiguo profesor de la facultad de Montpellier, sus trabajos de fisiología lo han conducido á un materialismo reforzado. Como he leído y releído mis artículos espiritualistas, se esfuerza por conquistarme.

Por otra parte mi tío, como mahometano, quiere convertirte al deísmo. Figurate la armonía que reinará entre nosotros; diríase que formamos una academia.

En El Nuzá la vida es siempre igual; pero, respecto á este punto tengo que rectificar un error peligroso, en que creo que estás, á juzgar por tus cartas. Cuando se trata de mi harén parece que hablas de la mansión fantástica y perturbadora del bienaventurado san Antonio, cuando se veía presa de continuas tentativas por parte de las más voluptuosas hermosuras de la corte de Satán. Hasta diríase, aquí para entre nosotros, que estas terribles llamas te inspiran más curiosidad que miedo.... ¡Bandido!

La verdad es que todo es cuestión de costumbre y que, pasada la primera efervescencia, esta existencia es mucho más sencilla de lo que te figuras. No vayas á creer que aquí reina una orgía continua. Estas ideas, amigo mío, son hijas únicamente de la ignorancia y de la presunción. Has de saber que mi harén, á la hora presente es para mí el más tranquilo de los hogares familiares y que, salvo el detalle de que tengo cuatro

mujeres, todo ha tomado definitivamente el aspecto del más vulgar matrimonio. Por la noche, conversación en torno de la mesa del salón, música y bailes en que reina un amable buen humor, realizado todo ello por la educación de mis sultanas.

Mezclo en mis amores la soberbía oriental de un visir con el tierno sentimentalismo de un Galaor, y he llgado en verdad á refinamientos exquisitos, si no fuera porque después del regreso de mi tío, han obscurecido algunas nubes los rayos de mi luna de miel. He tenido disputas con Hadiyé y con Nazlí, que pretenden á todo trance hacer una escapatoria al castillo, como Konyé-Gul; porque ya puedes suponer que, pasada la primera emoción, esta loca de Konyé-Gul, sin duda con el propósito de excitar su envidia y de echárselas de favorita, no ha dejado de contarles maravillas acerca de mi estancia.

Naturalmente me he negado en absoluto á semejante licencia, contraria á todas las tradiciones del harén. Esto ha dado lugar á escenas de amor, á llantos, á cóleras que tengo que calmar y que luego se transforman en cariñosos reproches de espaldas desdeñadas. En fin, ¿qué quieres que te diga? Voy capeando el temporal como todos los maridos, pero siento vagamente que se prepara algo.

Abro de nuevo mi carta. Amigo mío ¿no te admirarás, no es cierto? Voy á darte una noticia relativa á Barbassou baja. Antes de ayer, cuando, según costumbre, hablaba con mi tío á la hora de acostarse éste, observé que bostezaba de un modo desacomostumbrado. Había observado ya este síntoma y deduje, en mi interior, que, dominado nuevamente por sus instintos nativos de vida aventurera, empezaba tal vez á encontrarse á disgusto en el departamento del Gard.... Seguramente le faltaba algo... Y cuando me devanaba los sesos buscando algo nuevo que inventar para dar alimento á su devoradora actividad, me dijo en el momento de abandonarle:

—A propósito, Andrés, he escrito á tu tía que estoy de regreso. Llegará probablemente de aquí á fines de semana.



---¡Ah! respondí. Pues bien, tanto mejor, querido tío; así disfrutaremos de la familia.

---Sí, eso dará animación á la casa, repuso. Ea, buenas noches, muchacho.

---Buenas noches, tío,

Y diciendo esto, le dejé.

(Continúa)